



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

ÉPOCA 5.<sup>a</sup> — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 13. — Madrid 5 de Mayo de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA  
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. f.
Un año.....	5 "

## AVISO IMPORTANTE

Se ruega á los señores suscriptores que se hallan atrasados en el pago de su suscripción, lo verifiquen en el plazo más breve posible, pues con su morosidad causan perjuicios á la Administración y á los intereses de los huérfanos.

## SUMARIO

### Texto.

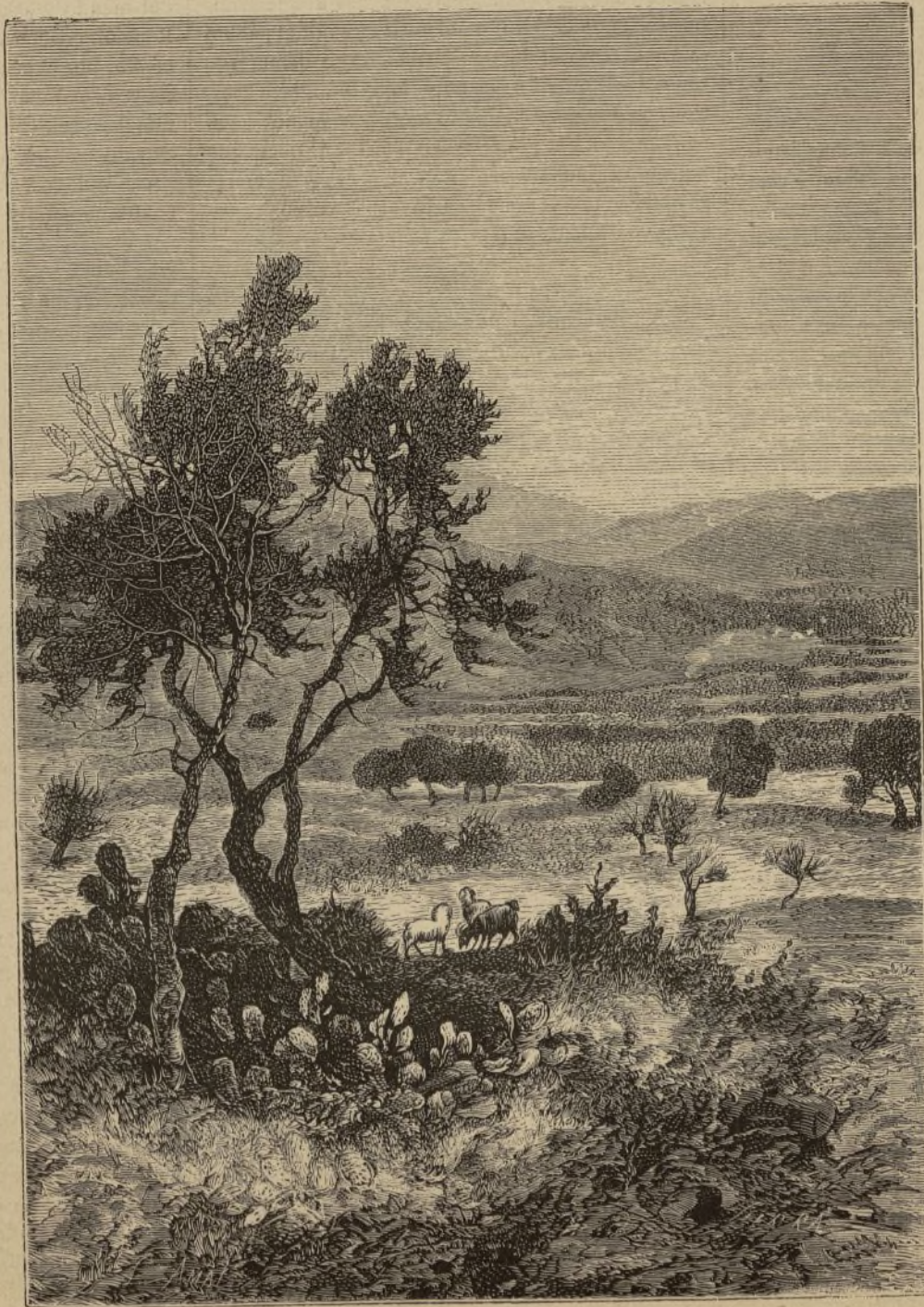
*La década*, Tordesillas. — *Carta encíclica de Su Santidad*. — *Yo*, Francisco Pareja de Alarcón. — *Don Quijote en la Rendición de Granada*, Angel Salcedo Ruiz. — *La Cruz de Mayo*, Antonio Hurtado. — *Música religiosa: Don Domingo Olleta*, Vicente Olivares Biec. — *Lo que dicen las flores*, F. Martínez Pedrosa. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

### Grabados.

**MONTAÑAS DE JUDEA.** — De las prominencias, en que después del sacrificio del Gólgota quedó una huella de desolación, dice Lamartine, que estos montes quebrados en gargantas estrechas y profundas, donde abundan abismos sin senda, tienen apariencia volcánica, y las piedras que rodaron sobre sus laderas, parecen pedazos de lava endurecidos y agrietados por los siglos.

A trechos y sobre las crestas de algunos, se nota también ese tinte amarillento y sulfúreo que se ve sobre el Vesubio y el Etna. Desde sus crestas no se descubren más que cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó truncadas, amontonadas las unas sobre las otras, que dominan barrancos sin fondo, donde no hay agua, ni árboles, ni hierba, ni musgo siquiera. Parecen ruinas de un mundo calcinado.

**RUINAS DE LA ABADÍA DE SAN AGUSTÍN Y VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE CANTORBERY (Inglaterra).** — Este Monasterio, fundado por el monje Agustín, apóstol de Inglaterra, se hallaba unido á la Catedral y al Palacio del Arzobispo; aquélla debió su erección al Arzobispo Lanfranco, el cual aprovechó para el nuevo edificio los muros de otro templo derruido. Un



MONTAÑAS DE JUDEA.

incendio devoró parte de éste, que fué restaurado por el arquitecto francés Guillermo de Sens, dando al monumento carácter ojival bien marcado y construyéndose entonces la capilla de la Virgen y la alta torre central que se destaca en el fondo, erigida á expensas del Cardenal Morton. La magnífica Catedral llegó á ser antes de la Reforma la más rica joya de Inglaterra.

**CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BURGOS.** — En 1533 se hundió el primitivo crucero de la célebre Catedral de Burgos, que fué reedificado por el maestro Juan de Vallejo, con la cooperación de Felipe de Borgoña, durando la obra veintinueve años, hasta Diciembre de 1562, en que tuvo término.

Por la época en que se hizo, pertenece al más puro estilo plateresco, que tan hermosas obras produjo en el reinado de Carlos V. Consta de cuatro pilares, en que hay varias imágenes de Apóstoles y Doctores en hornacinas ó medallones de gracioso aspecto; y sobre los pilares, que constan de tres cuerpos, descansan los cuatro arcos sobre que estriba toda la fábrica, construida de piedra blanca. En el zócalo del cimborrio campean los escudos de armas de la Iglesia, de la ciudad y del Obispo D. Fr. Juan de Toledo, religioso de la Orden de Santo Domingo, que regía á la sazón aquella diócesis.

**PUERTA DE LA IGLESIA DE SAN JUAN (Barcelona).** — Recorte interesante y artístico de este lindo pórtico, cuyos detalles pueden apreciarse. Es de lo más típico y característico que conserva la arqueología catalana.

**IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LA BASILICA.** — Presenta este grabado la fachada principal del gallardo edificio y la torre pintoresca y de líneas correctas que le embellece.

## LA DÉCADA

**D**ios de Mayo. ¿Habrá quien olvide esta fecha grabada en la conciencia del pueblo español? Dios quiera que no. El tiempo todo lo borra; quejas, antagonismos, odios... bien muertos están. Pero el entusiasmo, el vigor de raza, la fe patriótica,



el valor de aquellos hombres; la época memorable de sus conquistas, eso no debe extinguirse; me atrevo á suponer que aun palpita en el fondo de la sociedad, que vive en el sentimiento del pueblo, algo superior é inspirado por el ejemplo, la gratitud y el deber, principios sin los cuales no habría naciones grandes. Caracteres egoístas, espíritus frívolos ó cansados, reniegan de todo; pero las ideas bullen, se renuevan y á la vez se despiertan. El cañón de este aniversario, con pausado estampido, hiere nuestra imaginación; nos habla más que un libro: Conmemora heroicos rasgos, martirios cruentos. Remueve una historia escrita con sangre. Cada sonido, cada gemido suyo, repite, entre otros muchos, estos nombres: Zaragoza, Gerona, Cádiz, Madrid, á los que se une otra página, la del Callao, resbalando por nuestra mente como sombras de un pasado que no puede dejar de ser presente; Daoiz, Velarde, Alvarez, Palafox, Méndez Núñez. Y á estos nombres, en nuestro recuerdo, se asocian los de aquellos felices cantores de tantas hazañas: Nicasio Gallego y Bernardo López García, poeta inspiradísimo, de quien en este día todo español neto debe leer:

.....  
 « Mártires de la lealtad  
 que del honor al arrullo,  
 fuisteis de la patria orgullo  
 y honra de la humanidad...  
 en la tumba descansad,  
 que el valiente pueblo ibero  
 juzga con rostro altanero  
 que hasta que España sucumba,  
 no pisará vuestra tumba  
 la planta del extranjero. »

\* \*

El *sport* ha tenido sólo un día de los anunciados, pues el otro lo impidió la lluvia, para solazarse viendo volar — así decirse puede — á los escuets caballos de raza, y para sentir, viendo caer y quedar maltrecho á un jockey que sufrió gran conmoción al ser arrojado, evidenciándose con esto que la fiesta hípica no está exenta de lances en que se halla comprometida la vida del hombre. De lo que sí está desprovista la tal función, y por ello no logra arraigar por completo entre nosotros, es de interés. Le tiene relativo para los que toman parte en las apuestas — por supuesto más para los que ganan que para los que pierden — para los que meriendan en la cúspide de uno de esos carruajes-torres, trono de las elegantes; pero ni los placeres de la gula, ni los coches *ad hoc*, han abundado al presente, ni el entusiasmo vertiginoso que las carreras producen en otros países han podido causar la menor emoción. Mucha gente sí, pero fuera más que dentro de la valla. Dentro, solemnidad — algo aburrida, seamos francos — para los que sólo van á ver correr y no tienen el honor de poseer brutos ni cuadra. En la parte exterior romería á estilo de San Isidro; tenduchos de comidas y miradores, y vino de largo. El desfile, acaso lo más característico de la fiesta, reducido á muchos carruajes de los que podremos llamar ordinarios, á muchos piés de caballos, y pare usted de contar. Quedan pendientes varias sesiones que temo no hayan de ser más lucidas. Si las carreras de caballos ofrecieran tantos y tan vivos accidentes como los toros, podrían competir con ellos, y eso que en las primeras corridas de este año, que son siempre de sensación, el público se ha retraído como nunca, hablo del espectador rutinario que va siempre donde va la gente, no de los doctos y eruditos en materias taurinas. ¿Será que las carreras no cuajan del todo y que las corridas empiezan á helarse? No sería mal síntoma.

\* \*

Sábase ya fatalmente que los toreros pueden sucumbir y que los jinetes del *sport* van á caerse. Pero,

¿y los infelices obreros por qué caen y pierden la vida tan á menudo? ¿Por inercia, imprevisión, descuido de los que dirigen las obras públicas? ¿Pues no se habían inventado andamios de seguridad? ¿No estuvo expuesto un nuevo modelo de éstos en el muro de una casa de la calle de Sevilla, que al parecer, ofrecía ventajas? ¿No hay nadie que se ocupe seriamente en asegurar la vida de esos infelices que, engolfados en su trabajo, no cuidan de advertir el peligro á que se exponen? Tantos avisos de la opinión, tantas quejas de la prensa, aunque no tan acerbos y eficaces como el asunto merece, ¿cómo se explica que sean desatendidas ó por lo menos tomadas á beneficio de inventario? Dificilmente se convencerá alguien de que ese mal no pueda tener pronto y radical remedio. Construir andamiadas mantenidas por soportes de hierro y circunvaladas, de suerte que se evite todo peligro, no es problema que exija dificultades, crecidos gastos ni dilaciones. ¿Pues por qué no se practica? ¿Por qué no se exige estrecha responsabilidad de estos hechos á los obligados de evitarlos?

Raro es el día que no anuncien los periódicos con igual sobriedad con que el telégrafo nos ha anunciado la muerte instantánea en duelo, de un artista francés, que un hombre ha perdido la vida ó ha estado á punto de perderla por uno de estos descuidos. ¿Y qué se hace? ¿Encargar vigilancia? ¿Llamar la atención de los arquitectos y maestros de obras? Convengamos en que no puede ser menos. La existencia de nuestros semejantes, de esos desgraciados que suelen dejar hijos huérfanos; el amor al pueblo que aquí tanto se decanta cuanto no se demuestra, piden á voz en grito que no se mire esta grave cuestión con desdén. Andamios seguros, andamios seguros y pronto, y al propietario ó director de obras que no cumpla, multazo que duela. Así, así; y lo demás es andarse por las ramas, á lo que se ve, no tan funesto como andarse por los andamios.

\* \*

Sarah Bernhardt, á pesar de todos los paliativos y fraseo meloso de los cronistas teatrales, también cayó en la escena del Teatro Real; aunque, afortunadamente, sin novedad para su salud. Empezó en aquella extensa sala haciendo frío, y acabó antes de tiempo « porque este clima no le probaba », de lo cual nació su resolución de hacer *mutis*. Este genio desordenado y algo parecido al mal genio, entró echando roncadas por esos ferrocarriles, y ha salido lo mismo. Como que aun estando todavía en España, — en Barcelona, — ya se anuncia que piensa escribir y publicar las impresiones de su viaje, de lo cual se supone que no saldrán los madrileños muy bien parados. ¡Terror! ¡Pavor! ¿Y por qué? ¿Porque sabe que la conocemos como actriz y como mujer? ¿Porque á pesar de eso se la aduló más que se la aplaudió? ¿Acaso aquí la hemos apedreado como hicieron los rusos? ¿No se ha aplaudido su dramita, y eso que es flojo? ¿No estamos dispuestos á reconocerla como escultora? ¿No se han admirado sus arranques de artista? ¿No se ha callado la crítica somera de ahora, que mantiene sus resabios de escuela? ¿No es nota saliente en ella, la exageración de un realismo, defraudación de la realidad, y nadie ha dicho esta boca es mía?

Al contrario: no obstante que la mayoría de sus espectadores quedaron en ayunas de la frase, no se ha escatimado el elogio y la admiración, y sobre todo, por el aparato de su persona en la consabida « Dama de las camelias ». En esa obra se presenta como un prospecto de taller, teniendo al paño á la modista. Muchas señoras que no traducen, sin advertir que Violeta muere, decían:

— No sacamos en sustancia más que los vestidos, las *toilettes*.

— ¡Qué traje color salmón! ¡Me le comería!

— ¡Qué *dessu* de *peluche* azul! ¡Irreprochable!

— ¡Qué *crêpe* chino con bordados de oro! ¡Magnífico!

— ¿Y dónde me dejan ustedes la bata de enferma elegante?

— ¡Qué bata! ¡Qué bata!

Y digo yo: ¡Qué éxito para el modisto! ¿Pero esto es arte ó industria?

*Fordesillas*

## CARTA ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD

Á LOS VENERABLES HERMANOS, PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DE TODO EL ORBE CATÓLICO.

« Muy agradecidos estamos, como era de justicia, á la soberana bondad de Dios, cuya Providencia rige toda la vida de los hombres, de que Nuestro quincuagésimo aniversario haya confortado los ardientes votos de la Iglesia. Del propio modo, tan grande y universal consentimiento de ánimos, manifestado en todas las naciones con homenajes, con profusa liberalidad de dones y con públicas señales de regocijo, no podía ser producto sino de Aquél que impera sobre las inteligencias, sobre las voluntades y sobre los corazones, y modera los sucesos del mundo y hace que todo sea para gloria de la Religión cristiana. Hecho insigne y memorable, en efecto, por el cual los mismos enemigos de la Iglesia ven, mal que les pese, con sus propios ojos que esta Iglesia tiene vida divina y virtud infusa de lo alto, lo que les obliga á reconocer que los impíos hacen vanos esfuerzos cuando meditan locos ataques contra el Señor y contra Cristo.

« Y para que se perpetúe el recuerdo de este divino beneficio y se extienda su utilidad todo lo posible, Nós hemos abierto el tesoro de las gracias celestiales á todo el rebaño que Nós está confiado. Ni hemos cesado, por cierto, de implorar los socorros de la misericordia divina en favor de los que se hallan fuera de la única arca de salvación, dejándonos llevar del deseo de que *todas las naciones y todos los pueblos unidos en la fe por los vínculos de la caridad formen pronto un solo rebaño bajo un solo Pastor*. Y así lo hemos pedido á Nuestro Señor Jesucristo con Nuestras oraciones en los solemnes y sagrados ritos de la canonización poco ha celebrada.

« Elevando, en efecto, los ojos hacia la Iglesia triunfante, Nós hemos decretado solemnemente para unos los honores supremos de los santos, para otros el culto de los bienaventurados, á aquellos de los heroes cristianos, cuyo examen de las sublimes virtudes y milagros fué felizmente terminado, según las reglas del derecho, á fin de que la Jerusalén celestial se uniese, por la comunidad de una alegría, á la que sigue aún en la tierra la peregrinación que la llevará al cielo.

« Mas para colmar de alguna suerte este gozo, con la ayuda de Dios, Nós deseamos difundir lo más ampliamente posible el deber de Nuestra caridad Apostólica, extendiendo además la plenitud del infinito tesoro espiritual á los hijos amadísimos de la Iglesia que, habiendo muerto como los justos, han abandonado esta vida de combate con el signo de la fe y se han convertido en vástagos de la viña mística, aunque no les es permitido entrar en la paz eterna hasta que hayan pagado el último óbolo de la deuda que han contraído con la justicia vengadora de Dios. Nos mueven, por una parte, los piadosos deseos de los católicos, á los cuales Nós sabemos que Nuestra resolución será singularmente grata, y por otra, los atroces tormentos que sufren las almas del Purgatorio; pero Nós nos inspiramos



sobre todo en la costumbre de la Iglesia, que en medio de las más alegres solemnidades del año no olvida la santa y saludable conmemoración de los difuntos, con el fin de que sean borrados sus pecados.

»Siendo, como es cierto por la doctrina católica, que las almas retenidas en el Purgatorio son consoladas con los sufragios de los fieles, y sobre todo con el augusto sacrificio del altar, Nós pensamos que no podemos darles testimonio más útil y deseado de Nuestro amor, que multiplicando en todas partes la oblación pura del Santísimo Sacrificio de Nuestro Divino Mediador, á fin de expiar las penas de las almas de los difuntos.

»Por lo cual disponemos, con todas las dispensas y derogaciones necesarias, el último domingo del mes de Septiembre próximo como día de amplísima expiación, en el cual será celebrado por Nós, y de igual modo por cada uno de Nuestros hermanos, los Patriarcas, los Arzobispos y los Obispos y otros Prelados que ejercen jurisdicción en una Diócesis, cada cual en su propia Iglesia Patriarcal, Metropolitana ó Catedral, una Misa especial por los difuntos con la mayor solemnidad posible, y según el rito indicado por el Misal para la conmemoración de todos los fieles difuntos. Nós aprobamos que esa conmemoración se haga también en las Iglesias Parroquiales y Colegiatas, ya sean del Clero secular, ya del regular, y en general por todos los Sacerdotes, cuidando de que no se omita la Misa correspondiente al oficio del día, en todo lo que es de obligación. En cuanto á los fieles, Nós los exhortamos vivamente para que, hecha la Confesión sacramental, se nutran devotamente con el Pan de los Ángeles en sufragio de las almas del Purgatorio. Nós concedemos por Nuestra autoridad Apostólica á los fieles indulgencia plenaria por los difuntos y altar privilegiado á los que celebren la Misa.

»Así las piadosas almas que con terribles y grandes tormentos están expiando las reliquias de sus pecados recibirán un consuelo especial y oportunísimo, gracias á la Hostia saludable que la Iglesia Universal, unida á su Jefe Visible y animada del mismo espíritu de caridad, ofrecerá á Dios, para que admita á dichas almas en la mansión de la luz y de la paz eternas.

»Con esta esperanza, Venerables Hermanos, Nós os concedemos afectuosamente en el Señor, como prenda de los dones celestiales, la Bendición Apostólica á Vos, á todo el Clero y al pueblo confiado á vuestro cuidado.

»Dado en Roma, junto á San Pedro, en la solemnidad de la Pascua, año 1888, oncenno de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.»

## YO



ED aquí una palabra, que, con sólo dos letras, una griega y otra latina, encierra en sí un mundo de ideas.

En los rápidos progresos que la humanidad ha alcanzado, el yo ha subido de categoría; y se levanta ya hasta las estrellas, y más arriba, porque sube arrogante hasta el trono del mismo Dios.

No se contenta el yo con ser el modesto pronombre personal, y la primera persona del verbo, según nos dice la gramática.

Recuerda que, en el principio del mundo, quiso dominar en los cielos, diciendo por boca del ángel rebelde, yo no serví á nadie, ni á Dios mismo, que me ha criado ¿quién como yo? y aunque su soberbia fué confundida en el abismo, no se da por vencido, y aspira á ejercer en la tierra un imperio absoluto.

Aquí se entiende este ángel rebelde con los hom-

bres, llenos de pasiones y de miserias; y sin temor á la fulmínea espada de SAN MIGUEL que lo lanzó del cielo, halaga el amor propio y la vanidad humana, y cuenta con innumerables prosélitos y servidores.

YO SOY EL QUE SOY, dijo Dios á MOYSES, cuando le preguntó por su nombre (*Exo., c. III vv. 13 y 14*), esto es, como enseña SCIO en el lugar citado, soy el SER ETERNO necesario, infinito y omnipotente; soy la virtud, la perfección, el poder, la sabiduría, la excelencia, la grandeza y la majestad, y el solo que existo por mí mismo, sin dependencia de ningún otro sér.

Pues bien: aunque parezca increíble y absurdo, el hombre criatura de Dios, se atreve á disputarle su exclusivo privilegio de ser el único omniscio y omnipotente; rebelándose este frágil vaso de barro, como dice el grande Agustino, contra el artífice Supremo que lo ha formado.

Seréis como Dioses, y lo sabréis todo, si coméis del fruto vedado, dijo á nuestros padres el ángel caído; (*Gen. c. III, v. 5*), mas, á pesar de su torpe engaño, y de la horrenda catástrofe que trajo al linaje humano la desobediencia de aquéllos, la soberbia no se rinde; y, abusando el hombre de la inteligencia que Dios le ha dado, para conocerle, servirle y amarle, pretende, como los Titanes de la fábula, escalar los cielos y subir hasta su trono.

El yo tiene dos letras, que son las dos alas con que se eleva orgulloso el hombre; pero sólo consigue ostentar su vanidad y soberbia; sin añadir un solo rayo más de luz, á la inteligencia limitada que Dios le ha dado, ni descubrir los secretos de la omnipotencia; porque, quien pretende sondear la MAJESTAD se verá oprimido por la gloria, según la sentencia del SABIO. (*Prov., c. XXV, v. 27*.)

Es esto mucha verdad, dirá el discreto lector; y no una verdad puramente especulativa, sino confirmada por la experiencia; pero empeñado el pigmeo en ser gigante, y enamorado de sí mismo, como NARCISO, no tiene más inspiración que la de su amor propio, ni rinde culto á otro sér que á su propia personalidad.

Ninguna escuela filosófica, ni religiosa, ni moral, ni política, ni literaria ha inventado una fórmula más breve, ni más expresiva, ni más absoluta que la que emplea hoy la soberbia humana, para descubrir todos los arcanos, y resolver todas las cuestiones, que el mundo moral y material encierra.

Esta fórmula ya se sabe que es el yo, pronunciado según lo piden las circunstancias; pues varía, desde el tono arrogante y solemne, si se trata de negocios importantes, hasta el de afectada modestia y sencillez, cuando el objeto es de escasa valía, ó puramente familiar.

Hablad, por ejemplo, de religión ó de moral, á uno de estos tipos de vanidad y orgullo, que tanto abundan en nuestros días, y os dirá que él respeta todas las creencias religiosas y la moralidad; pero que, siendo libre su pensamiento, no admite tales ó cuales máximas ó doctrinas, porque él ha estudiado y descubierto, sobre estas materias, lo que las gentes vulgares no conocen; y gracias si no os comprende también en la turbanulta de pobres ignorantes, ciegos ó fanáticos, según los llama, y á quienes afecta compadecer; suponiendo que viven, ó mejor dicho, que vegetan, como los hongos ó los alcornoques en las selvas.

Si tratáis de legislación, de filosofía ó de política, con alguno de estos adoradores del yo, cuya soberbia suele correr parejas con su ignorancia, no esperéis que acepte otro criterio que el suyo propio.

En vano le diréis que el sistema, el método, el principio ó la doctrina de que se trata, tienen á su favor la razón y la autoridad de los sabios, las lecciones de la experiencia y hasta la sanción de los siglos.

El hombre, subido en el trípode, á la manera de la SIBILA CUMEA, os contestará, como quien rasga los velos que oscurecen la ciencia, ante los ojos miopes de los simples mortales: yo pienso de otro modo, yo creo que hay, en la materia de que se trata, mucho de falso y de arbitrario, yo tengo por error lo que hasta ahora se ha predicado y sostenido como una verdad.

Para estos hombres infatuados y orgullosos, como el pavo real de Juno, aunque sin la belleza de su plumaje de cien ojos, no hay sistema político, ni económico, ni literario, ni artístico, que merezca estimarse, si carece de su sanción augusta; si no estampa el yo al pie de la fórmula, como lo hacen los Reyes, por un antiguo privilegio que, aun en la majestad real parece arrogancia.

Las sentencias de Salomón, las doctrinas de Sócrates, de Platón ó de Séneca; las máximas de Aristóteles; los aforismos de Hipócrates; las sabias lecciones de los escritores católicos antiguos y modernos y de los doctores de la Iglesia; las teorías sublimes de Descartes, de Kepler, de Newton y de otros sabios matemáticos y físicos; los ejemplos y enseñanzas de Demóstenes y Cicerón, en la oratoria; de Horacio y de Quintiliano en literatura; de Miguel Angel y de Herrera en Arquitectura; de Rafael y de Murillo en pintura; de Berruguete y de Salcillo en escultura; de Homero y Virgilio en poesía, etc., etc.; todas estas obras del talento y de la sabiduría, todas estas grandezas y maravillas de la ciencia y del arte, que son el espléndido y glorioso patrimonio de la humanidad, apenas merecen á estos idólatras de sí mismos una frase benévola; dicen que los varones ilustres citados hicieron algo para su tiempo, pero que en las regiones donde viven los hombres del yo soberbio de la autonomía personal, se descubren nuevos y más vastos y claros horizontes.

No hay para ellos autoridad humana respetable, ni en historia, ni en filosofía, ni en religión, ni en política, ni en legislación, ni en literatura, ni en medicina, ni en poesía, ni en ningún ramo de los conocimientos humanos.

Ellos son los únicos que conocen lo justo, lo sabio, lo verdadero y lo bello, sin tener á veces una idea exacta de la justicia, de la sabiduría, de la verdad ni de la belleza: porque se les oye frecuentemente sentar en público y en privado, como principios fundamentales y doctrinas corrientes, utopías y delirios de su imaginación, y opiniones absurdas ó extravagantes, que sólo merecen el desdén y la compasión de las personas ilustradas y juiciosas.

Haciendo mucho favor á esta raza fecunda de soberbios, presumidos y necios, porque de todo tienen, debería declarárseles dementes ó maniacos, é incapaces de dar, á los hombres de razón, lecciones de la ciencia, que para sí necesitan. El soberbio nada sabe, como dice el APÓSTOL (*I. Tim. c. VI, v. 4*); pero si se prestara á aprender lo que ignora, sería obra de caridad muy laudable, y gran beneficio para la sociedad, llevar la luz de la ciencia á su ofuscado entendimiento.

Son esta clase de hombres antipáticos y repugnantes en el trato de las gentes, porque presumen saberlo y dirigirlo todo, y no hay para ellos más acierto, ni más verdad que lo que sale de sus labios; y si el asunto se relaciona con los intereses sociales, no hay escuela, ni sistema, ni institución, ni gobierno, á quien no pretendan orgullosos imponer su criterio, como si fueran ellos solos libres para obrar, y los demás esclavos.

Mas hay en esta materia algo peor que todo lo dicho; porque ocurre á veces, por desgracia, que estas gentes fascinan con su vana palabrería á las muchedumbres ignorantes y sencillas, y, á fuerza de repetir sus nombres, y de ensalzar lo que supo-



nen su talento, se les ve convertidos en hombres superiores y las utopías y errores que profesan y que proclaman, como verdades y progresos humanitarios, pasan de la esfera de las teorías al terreno de la práctica.

Entonces es cuando, puesta en la piedra de toque la celebrada sabiduría del hombre del *yo*, hace éste lo que se llama vulgarmente un espantoso fiasco; representando el triste papel de la *Mona corrida* de Samaniego; y no es esto lo más malo, porque, al fin el ridículo en que cae es un castigo merecido; pero los perjuicios que originan sus quiméricos proyectos suelen ser fatales.

El hombre presuntuoso y aturrido á la vez, al verse en escena, busca, con su criterio especial, la justicia en las leyes, la sabiduría y el acierto en el gobierno, la regularidad en la administración, el progreso en las industrias, la libertad, el orden, y los demás objetos, de los que suponía poseer privilegio exclusivo de invención: mas ved aquí que ninguno de dichos objetos se adapta á sus ideas extravagantes, ni á sus fórmulas pretenciosas.

Y es natural y lógico que así suceda; pues en la ciencia, en el arte y en la industria, bajo sus diversos aspectos y en sus múltiples ramificaciones, hay verdades fundamentales, principios inconcusos y doctrinas respetables, que el idólatra de sí mismo, el despreciador y tirano de los ajenos juicios, ha mirado siempre con el desdén más soberano.

Pretende levantar una soberbia pirámide, apoyando su cúspide sobre movediza arena, y como la mecánica rechaza su temerario intento, la pirámide, á pesar de los esfuerzos del vanidoso equilibrista, no puede sostenerse contra las leyes inflexibles de la gravedad.

¡Oh! desdichada la sociedad donde abundan estos adoradores soberbios de su personalidad, que tienen constantemente en la lengua y en la pluma ese *yo*, con pretensiones de soberano, que sólo á Dios corresponde.

La raza de los Emperadores romanos, que hacían consistir la ley y la justicia en su *voluntad absoluta*, se ha renovado en nuestros tiempos; y como estos Emperadores modernos, sin más cetro ni corona que su vanidad, son en tan crecido número, la sociedad vendrá á convertirse en un *Babel* espantoso, si Dios no lo remedia, compadecido de la humana locura.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCÓN.

## DON QUIJOTE EN LA RENDICIÓN DE GRANADA



CABABAN de traer de Roma el magnífico cuadro de Pradilla, *La entrega de Granada*, y expuesto al público en el Salón de Conferencias del Senado, que había de adornar definitivamente, recibía todas las tardes la visita de esa numerosísima concurrencia que nunca falta en Madrid á los espectáculos gratuitos.

En una de dichas tardes, á última hora, cuando el sol ha desaparecido ya del horizonte sensible, y por la enorme claraboya del Salón de Conferencias, en cambio de los rayos brillantes, pero molestos á fuerza de brillo, del sol de Julio, penetraban á dulcísimos raudales los reflejos tranquilos, suaves y armoniosos del crepúsculo estival, corona espléndida de los días radiantes que corren entre la fiesta del Carmen y la de la Asunción; en esos momentos misteriosos en que toda la fuerza de la moribunda luz parece reconcentrada en la fantasía de los mortales, á los que sugiere ideas extrañas, inverosímiles, poéticas muchas veces, y las conversaciones son más animadas que de ordinario, y con suma facilidad tocan en el lirismo más encumbrado, íntimo y extravagante; en esa hora, repetimos, presentaba el

Salón de Conferencias, convertido por deferencia de los Senadores al respetable público en exposición de pinturas, el más extraño, pintoresco y abigarrado aspecto.

No podía contener más gente. En vano los porteros, reforzados por agentes de Orden público, trataban de canalizar la muchedumbre en la galería que comunica con el Salón, y no consentir la entrada en el último sino á grupos exigüos y proporcionados á la capacidad del recinto. La multitud, arrastrada por su propio peso, empujada también por turbas de mozalbetes guasones empeñados en que hubiera jaleo y confusión, caía como masa inerte sobre la lujosa alfombra del recinto sagrado de la política, entonces por maravilla dedicado al arte, y una vez dentro, como el mismo motivo que tuvo para entrar, desordenada y tumultuosa, vedábase salir, ni mucho menos rebullirse con holgura, quedaba presa, estrujada, pisoteándose á sí propia, golpeándose, en remolino peligroso como agua en golfo.

En el momento álgido de la barahunda fué precisamente cuando vi yo á Mariquita y á Remedios, medio ahogadas entre la muchedumbre, con los velos de las mantillas hechos jirones, encendidos hasta el rojo los graciosos rostros, que venían dando tumbos y más tumbos á merced de las olas de aquel océano humano...

Tiempo hacía que tenía yo el honor y el placer de conocer á Mariquita y á Remedios, hijas de un excelente amigo mío, señoritas si las hay cabales, buenas y hermosas, y ví á poco, en efecto, que mi amigo D. Juan (el apellido no importa), padre de las preciosas niñas, venía también apretado y estrujado, y también á merced de las corrientes humanas, navegando como podía detrás de sus pimpollos; y ví más, que fué detrás de la luciente calva de D. Juan el rostro moreno y varonilmente agraciado de Juanito Rosas, gallardo joven de veinticuatro años, recién salido de la Universidad, con su título de Doctor en ambos Derechos; y que hoy, ya transcurridos algunos aunque pocos años de la tarde á que me refiero, es, no sólo uno de los abogados que prometen en Madrid, sino cabeza de una familia en que figura la linda Remedios en preferente lugar... Excuso añadir que ya entonces eran novios Remedios y Juanito.

Se me olvidó decir que yo había conseguido sustraerme hasta cierto punto, á las apreturas é incomodidades que de ellas se derivan, merced á uno de los bancos-sofás que había en el salón, y detrás del cual me había resguardado entre la pared y el respaldo, estando el banco de suerte tal, apoyados sus extremos en las paredes que formaban allí esquina, que no había peligro de que la multitud pudiera romperlo, estrujándome con él.

Como es natural, desde que divisé á la familia de D. Juan procuré hacerla partícipe de mi buena suerte. La operación fué larga y penosa, pero afortunada, y con una *marcha sostenida*, que dicen los militares, y unos saltos, graciosos en las muchachas, ágil en Juanito y perezoso y desmañado en D. Juan, niñas, papá y novio se guarecieron en mi rincón, desde el cual por otra caricia del destino se podía contemplar á gusto el magnífico lienzo de Pradilla.

Seguro que no viene aquí á cuento la descripción detallada de la familia de D. Juan, ni del que sin pertenecer aún á ella de un modo oficial podía ya considerarse parte integrante de la misma, pues su noviazgo sí que era oficial, y muy oficial, como que creo que andaban ya en los preliminares del expediente. Me limitaré, pues, á brevísimas indicaciones para que pueda comprenderse lo que viene después.

Era D. Juan un teniente coronel retirado, y con esto basta; quiero decir que su individualidad se ajustaba perfectamente al tipo común de todos los tenientes coroneles retirados que andan por España, y con especialidad por Madrid, paseando gravemen-

te, contemplando embobados las caricaturas que se exhiben en las puertas de los cafés y kioscos de periódicos, atusándose continuamente los largos bigotazos blancos, cuyas puntas tiesas, finas y punzantes como agujas, saben ellos con exquisito arte poner más finas y más tiesas y más punzantes á fuerza de sobarlas entre los gruesos dedos de las muy gruesas y tosquísimas manos, vestidos con decencia, pero sin elegancia, hablando á gritos de sus campañas de Navarra, Africa y América, y ponderando aún más de lo justo la miseria moral, intelectual y material de los tiempos que corren; para las cuales narraciones y ponderaciones sirveles admirablemente de tribuna la ya querida por lo frecuentada mesita del café del barrio, y de auditorio benévolo las tres ó cuatro del propio ó parecido jaez que concurren al mismo establecimiento desde las siete de la tarde hasta bien entrada la noche.

En cuanto á sus dos pimpollos, no hay más que decir, sino que eran respectivamente dos soberbios ejemplares de los dos tipos fundamentales de la hermosura femenina, esto es, del blanco pálido y rubio y del moreno sanguíneo. De blanco alabastro parecían las carnes de Mariquita, y oro en hebras sus cabellos finísimos y abundantes, que formaban al rededor de su frente de jazmines áureo marco y resaltaban por modo admirable entre los negros encajes de su velo. Deslucíase algo la hermosura de Mariquita, por lo excesivamente pequeño de su estatura y menudo de sus facciones; pero realizábala y mucho la frescura de la tez, lo gracioso de su carita, que era de buena traza y expresivo conjunto, y más que nada lo chispeante de su conversación, en la que se revelaban elocuentemente un ingenio agudo y no poca lectura de novelas, viajes é historietas, erudición á la violeta, que si tan mal sienta á los varones que quieren echárselas de sabios, resulta deliciosa cuando mana sin pedantería, de fresquísimos labios femeninos...

Remedios era, por el contrario de su hermana, de muy aventajada estatura y de formas esculturales... No me detengo mucho en la descripción de sus encantos; porque mi amigo Juanito Rosas es demasiado celoso para sufrir piropos á su mujer, aunque sean piropos impresos, que son los que con mayor facilidad se digieren hasta por los estómagos más delicados.

\* \*

— Pero, ¡Dios mío! — dijo Mariquita — ¡Qué gentes tan soeces! ¡Qué modo de empujar y dar co-dazos..!

— ¿Qué quieres, hija mía? — repuso D. Juan — Ya sé yo quién entra en estas cosas sin que lo in-comode nadie; pero un teniente coronel del ejército y su familia son aquí en España, la última palabra del Credo... ¡Ah! ¡Si viviera el General Narváez!

— Pero lo cierto es — intervino Remedios — que gracias á las gracias hemos pillado un buen sitio, y vemos desde aquí el cuadro perfectamente...

— Y que el cuadro merece verse, y con lentes, y muy despacio — dijo D. Juan.

— ¡Admirable colorido! — exclamó Juanito Rosas echándose de inteligente.

— ¡Oh! — repuso D. Juan — eso queda para los que como usted entienden de pintura; yo sólo puedo decir que me gusta muchísimo, que eso me parece un campo de verdad, y aquello un cielo de verdad, y estos caballos caballos verdaderos; y esa reina, que supongo será la Católica, tal y como yo he creído siempre que fué aquella Reina magnánima, que no gustaba de vivir sino entre militares y protegía siempre á los militares, y por eso pudo dar á los moros tantas palizas, echándolos de Córdoba, de Sevilla, y finalmente de Granada...

— Si usted me perdona — interrumpió Juanito — no fué la Reina Católica la que echó á los moros de Córdoba y Sevilla...



— Toma; ya sabemos — dijo Mariquita, que quería muchísimo á su padre, y siempre andaba á los quites cuando soltaba una tontería (lo que era muy frecuente) — Ya sabemos que San Fernando fué el reconquistador de Córdoba y Sevilla...

— ¿Y lo ignoraba yo acaso? — gritó D. Juan animado por la intervención de su hija. — Pero como Don Fernando, ó San Fernando, estaba casado con la Reina Isabel, y...

— ¡Por Dios, D. Juan! — dijo Juanito riéndose. — Veo que no sabe usted tan bien la historia de la Reconquista como la de la guerra de Africa.

— Pero ha sabido — dijo Mariquita en la hermosa exaltación de su amor filial, y aplastando completamente á Juanito, su futuro cuñado — pelear en Africa tan bien, por lo menos, como pelearon nuestros antepasados en la Reconquista... Váyase lo uno por lo otro.

Siguieron discutiendo muchos pormenores del cuadro. Yo callaba; porque en casos como aquel nada me agrada como recoger *impresiones* de los que no se las echan de *inteligentes*, aunque á veces lo sean por más justos títulos que los que hacen profesión de *amateurs*; así es que casi me embobaban las observaciones que se ocurrían á D. Juan en virtud de su inocencia paradisiaca, á Mariquita por su agudísimo ingenio cultivado en la lectura de novelas, á Juanito Rosas por su pedantería bachilleresca de colegial. Remedios estaba delante del cuadro; pero parecía no verlo. Para ella no había más cuadro que Juanito.

Por fin, D. Juan, fijándose en la figura del Conde de Tendilla, que, como recordarán mis lectores, cabalga sobre magnífico potro detrás de los Reyes Católicos, exclamó con toda la gravedad propia de su empleo y de su carácter:

— ¡Oh!.. Y qué bien pintado está Don Quijote.

— ¿Cómo..? ¿Don Quijote? — preguntamos todos.

— Sí, Don Quijote. ¿No lo ven ustedes? Ahí. — Y D. Juan señalaba con la diestra extendida al buen Conde de Tendilla.

Juanito Rosas soltó una carcajada sonora.

Remedios preguntó:

— ¿De qué te ríes?

— ¿Pero no oyes que tu padre dice que aquel caballero es Don Quijote?

Remedios hizo un gesto delicioso, como diciendo:

— ¿Y á mí qué me importa que sea ó que no sea Don Quijote?

D. Juan estaba callado; pero revelando en su semblante el asombro. Se conocía que de buena gana descargaría un par de puñetazos sobre el pedante é insolentísimo mequetrefe que se atrevía á reírse de él en sus barbas.

Yo también, lo confieso, estaba asombrado, y de dos modos diferentes: asombrado de que fuera tan grande la ignorancia de mi amigo D. Juan, y asombrado de que su hija Mariquita no corriese como de costumbre á su defensa.

Por esto último me volví hacia Mariquita, y debo confesarlo, otra vez volví á asombrarme.

De lo que me asombré entonces fué de la expresión extática que observé en el rostro de mi linda amiga; veía el cuadro como queriéndolo comer con los ojos... Su menudo, correctísimo y gracioso semblante se había transfigurado en aquella intensa contemplación.

— Pero, Mariquita — díjele yo, arrancándola violentamente á las emociones sin duda hondísimas, que la dominaban. — Mariquita, ¿qué piensa usted de esto que aquí se dice respecto á Don Quijote?

— ¡Oh! Pienso — respondió Mariquita — que mi padre tiene razón.

— ¡Cómo, usted también! — dijo Juanito. — ¿Usted también cree que Don Quijote anduvo en la rendición de Granada?

— ¿Y no había de andar? — repuso exaltada Mariquita.

— Yo no sé si anduvo ó si no anduvo — intervino D. Juan; — lo que yo sostengo es que aquel es el retrato de Don Quijote.

— Y perfectamente sostenido — dijo su hija. — Y has adivinado, papáito, un primor de ese cuadro en que no han caído tantos y tantos zopencos como ya lo han visto y examinado, en el que ni yo misma había caído hasta que tú me lo has revelado... Pradilla, que es un gran artista, ha querido, sin duda, retratar á Don Quijote en el cortejo, ó como ahora diríamos, en el estado mayor de los Reyes Católicos; porque su fino instinto de artista comprendió que ese retrato era allí necesario, indispensable; porque comprendió que si Don Quijote no iba en ese cortejo ó estado mayor perdía la empresa de Granada uno de sus caracteres más simpáticos, el carácter de grande empresa nacional... Que me diga Juanito, que me diga si es posible en España ninguna grande empresa nacional sin contar previamente con Don Quijote; que me diga si son explicables ninguna de nuestras glorias pasadas si no se toma en cuenta la intervención que Don Quijote tuvo en ellas...

— ¡Mariquita, por Dios! — interrumpió Juanito, que ya empezaba, pero que no quería concluir de ver claro, sin duda por no reconocerse otra vez vencido ante su ingeniosa y hechicera cuñada.

— No hay ¡por Dios! que valga — repuso ésta. — Don Quijote, como usted, como todos sabemos, es un gran mito, es una gran personificación; es la personificación de una de las fases, de la faz más brillante de nuestro carácter nacional... Sin ese carácter que personifica Don Quijote, ni nuestra historia se comprende, ni nuestras glorias se explican; obras son, por el contrario, una y otras de ese mismo carácter, ó lo que es igual, de Don Quijote. Por eso es maravillosa invención de Pradilla la de haber colocado ahí á Don Quijote, y todo el que quiera pintar cualquiera de nuestras sublimes glorias históricas tendrá que imitar la invención de este gran maestro. ¿Cómo podría dejar de hacerlo el que pintase v. gr., el viaje milagroso de Colón, ó el alzamiento de Pelayo, ó el sacrificio de Zaragoza ó de Gerona? Los que acometan algún día estas empresas del arte también pintarán, no lo duden ustedes, á Don Quijote, ya á bordo de la carabela del genovés, ya ante los riscos de los montes de Asturias, ya detrás de los muros de nuestras ciudades heroicas... Don Quijote es el personaje indispensable de nuestra pintura histórica.

— Ya ve usted — dije yo á Juanito — como Don Quijote estuvo en la rendición de Granada.

— ¿Y no había de estar? — añadió D. Juan. — Sino que estos abogaditos se pirran por llevar la contra...

ANGEL SALCEDO Y RUIZ.

## LA CRUZ DE MAYO

¡Fiesta de la Cruz de Mayo!

¡Noches de la Cruz amenas!

quien ni escritas os conoce

no sabe lo que son fiestas.

Por todas partes brillaban

luminarias y candelas,

siendo un incendio abreviado

de España la corte entera.

Cada plaza era un asombro,

un jardín cada plazuela,

las casas grutas floridas,

las calles frondosas selvas.

Cada portal ostentaba

una cruz de ramos hecha

bordada de minutisas,

de jazmines y verbenas.

Fabricados mil altares

con cortinajes de seda,

entre ricos pabellones

brillaba la santa enseña,

ante la cual volteaban

arañas llenas de cera,

reliquias de plata y oro,

con lazos de lentejuelas;

y titilando sus luces

como racimos de estrellas,

cada altar era un incendio

y cada cruz una hoguera.

Ante tales altarcillos

las muchachas más apuestas,

al son de los panderetes

y al compás de las vihuelas,

cantaban y bailaban

de gozo llenas:

« Del Señor Jesucristo

la Cruz es ésta

que la hallaron los ojos

de Santa Elena.

» Divina Cruz del Cielo,

glorioso emblema,

tus brazos me den vida

cuando yo muera. »

¿Qué mucho que en aquel tiempo

de tanta fe y de fe ciega,

á visitar los altares

Madrid entero acudiera?

Para mayor incentivo

y dar más lustre á la fiesta,

en cada cruz presidía,

con privilegios de reina,

la mejor moza del barrio,

la más honrada y discreta.

Con sobrenombre de Maya,

Flora de tal primavera,

desde un alto taburete

bordado de ricas sedas,

con presunciones de mando

y con visos de alcaldesa,

ordenaba y escogía

para bailar las parejas;

ahogaba toda disputa,

mataba toda querella,

y á su poder absoluto

sin apelación ni réplica,

prestaba el concurso alegre

la más formal obediencia,

rindiendo en ello homenaje

á la ley de la belleza.

En torno, pues, de aquel astro,

vistosísimos planetas,

las demás niñas del barrio

luciendo flores y trenzas,

al son de los panderetes

y al compás de las vihuelas,

cantaban y bailaban

de gozo llenas.

« Galanes de la villa

que á la cruz llegan;

digan si han visto Maya,

Maya cual ésta,

» Ojos de cielo tiene,

boca de perlas,

palidita es su cara

cual la azucena.

» Cuello tiene de cisne,

cintura estrecha,

como mimbre que al aire

se balancea.

» Galanes de la villa,

vengan á verla:

¡Dichoso aquel amante

que su amor tenga! »





RUINAS DE LA ABADÍA DE SAN AGUSTÍN.





CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BURGOS.  
Ayuntamiento de Madrid



¡Noches de la Cruz de Mayo!  
 ¡Noches de la Cruz amenas...!  
 ¿Qué ha sido de tanta gala?  
 ¿Qué ha sido de tanta fiesta?  
 Niñas de caras de rosa,  
 hoy requeridas apenas,  
 ¡quién os diera que esas noches  
 para vosotras volvieran!

ANTONIO HURTADO.

## MÚSICA RELIGIOSA

D. DOMINGO OLLETA

MAESTRO DE CAPILLA DE LA CATEDRAL DE LA SEO  
 DE ZARAGOZA.



AS funciones religiosas solemnísimas celebradas en Febrero con motivo de la inauguración del edificio construido por la Santa Hermandad del Refugio de Madrid, han demostrado de modo patente, que la época actual tiene sin cumplir una deuda que la justicia y la conveniencia imponen, ya que, por desgracia, no atravesamos período de tanto florecimiento para las artes que permita dejar en el olvido astros de primera magnitud, cuyos resplandores hubieran de dar claridad á la sombría noche, disipando las nieblas en que vive envuelta la música religiosa.

Secularizada esta parte importantísima del culto católico, y perdida la severidad de las composiciones antiguas, apenas si conocidas hoy, cuyos elementos principales eran la voz humana y los armoniosos acentos del órgano, á lo sumo, é introducidas las orquestas aun en las catedrales, bien pronto se operó una total y desatentada revolución, que, dando al brillante ropaje de una instrumentación florida el papel principal, arrebató á esta manifestación del culto su natural perfume, para reemplazarlo por atavíos profanos y galas teatrales, que en vez de recoger el ánimo lo disipan con mundanales recuerdos: llegando á tal punto la invasión, que la batuta del maestro de capilla ha perdido hoy todo su antiguo imperio, cayendo el cetro de su autoridad en manos de quienes, por propia investidura, lo mismo componen una zarzuela erótica que una Misa de *Requiem*, y aun quizá sin conocimiento de la letra que la debe inspirar.

Basta, para convencerse de que no exageramos, entrar en cualquiera de las iglesias de Madrid cuando se celebra alguna solemne festividad ó suntuosas exequias, y al punto nos consideraremos trasladados más bien á una función teatral por la melodía, corte y estilo de las obras ejecutadas, de las cuales hasta son más adecuados intérpretes los que rara vez suben al coro de los templos, pero pisan con frecuencia las tablas del escenario.

La saludable influencia que desde la Real Capilla han ejercido en estos últimos tiempos los Ledesma, Eslava y aun el mismo Sr. Zubiaurre al escribir composiciones religiosas de grande estima, no han sido bastantes sin duda para contrarrestar la fuerza vandálica de aquella invasión, de cuyos golpes é impetuosa corriente también ha sido víctima una de las obras del compositor que motiva este artículo, razón por la que creemos ayudar á tan simpática obra, sacando á luz una de nuestras más legítimas glorias en música religiosa, al escribir algunos apun-

tes biográficos del maestro de capilla de la Catedral de la Seo de Zaragoza, D. Domingo Olleta y Mombiela, cuya vida, y cuya muerte para el arte, se prestan á las más interesantes reflexiones.

Lástima grande es para todos que ya no viva el más legítimo biógrafo de tan preclaro artista, su íntimo amigo el profundo filósofo, castizo escritor y entusiasta *dilettanti* Sr. D. José Puente y Villanua, que se ha llevado al sepulcro, no sólo la pluma con que escribió sus inimitables artículos de *Crítica musical*, publicados con motivo del Oficio de difuntos del maestro Olleta, sino el secreto de los muchos misterios que encierra la penosa existencia que, para cuantos le miran, arrastra desde 1861 el compositor aragonés. Mas como la deuda se impone y deseamos cumplirla en bien del arte que miramos con especial entusiasmo, procuraremos llenar nuestro empeño diciendo algo de lo mucho que pudiera contarse de aquel ilustre maestro.

Nació D. Domingo Olleta en Zaragoza, el día 20 de Diciembre de 1819, y no hubieron transcurrido ocho años cumplidos, cuando ya fué admitido como niño de coro (infantes son llamados en Zaragoza) en el Colegio de la Catedral de la Seo, en cuyo modesto centro de instrucción musical continuó hasta 1839; dando, desde luego, gallarda prueba de sus sobresalientes aptitudes, por la suma facilidad con que vencía los obstáculos materiales que ofrecen los primeros pasos de esta especial enseñanza.

Una contrariedad experimentó bien pronto el joven infante: destinados los niños de coro á prestar sus servicios en la Catedral como acólitos y á cantar en unión de los demás que componen la capilla, Domingo no tenía voz, lo cual era motivo de grande disgusto, como lo demostraba frecuentemente á sus compañeros, en quienes reprendía la falta de expresión cuando interpretaban algunas obras, á las cuales, con su fogosidad y carácter impetuoso, habría comunicado sin duda la llama que por lo visto principiaba á arder en su casi infantil organismo: circunstancia que encendiendo con brillante carmín las mejillas de Olleta, llamaba la atención de los compañeros y aun del Maestro D. Pedro León Gil, vislumbrando algo especial en aquel niño, impropio de sus cortos años y hasta de su natural turbulencia, pues sólo tenía reposo para los estudios ó pasatiempos musicales.

Retúvole el Maestro á su lado mucho más tiempo del que se acostumbra; pero cuando no sólo la edad, sino su desarrollo se hicieron incompatibles con el traje y funciones propias de acólito, salió de aquel Colegio convertido en aventajado Profesor de piano y de violín, y en Maestro de armonía y contrapunto, hasta el extremo de que, inaugurando unas reuniones íntimas con otros que también habían sido infantes, no sólo interpretaba con entusiasmo las obras de los primeros compositores, sino que explicaba y comentaba los pasajes más salientes con tal acierto y filosofía, que bien pronto le reconocieron sus discípulos como eximio profesor y atinado crítico.

El joven Olleta no tenía, sin embargo de sus aptitudes, aficiones como instrumentista; tanto, que si bien no le fatigaba repasar partituras y examinar obras clásicas, le faltaba la calma y tenacidad necesarias para dedicarse á ejecutar ejercicios al piano ó violín, que quizá habría olvidado, si el primero no constituyera un auxiliar de gran valía para componer, y no se hubiera visto obligado á dedicarse al segundo, á fin de cuidar de su subsistencia y de la de su familia, ajustándose en la orquesta del teatro principal, con lo cual consiguió además oír de vez en cuando algunas óperas ejecutadas por esas compañías de segunda ó tercera clase, que durante cortas temporadas acostumbran á exhibirse en los teatros de provincia, única y pobre atmósfera que

nuestro Maestro respiró, ajena á la de su educación y estudio puramente subjetivo: satisfacción que en el caso de existir, se hallaba amargamente compensada por medio de horroroso sufrimiento.

El atril de la orquesta de un teatro en que generalmente actúan compañías de declamación, debe ser verdadero suplicio para artistas de la talla de Olleta al colocar casi siempre ante la vista de los profesores piezas insípidas ó amaneradas, cuyo objeto es producir armonioso ruido que contrarreste las animadas conversaciones del público, durante los intermedios de descanso, ó marcar el acompasado movimiento de ridículas contorsiones en los bailes; tormento que venía á acentuarse más todavía en aquel Maestro que no sólo remontaba su vuelo hasta las más elevadas alturas en alas de su inspiración, para saborear las delicias de angélicas armonías, sino que conducido su espíritu por transportes de decidida vocación al Sacerdocio hasta el trono mismo de Dios, de cuya majestad augusta deseaba ser Ministro, ponía de manifiesto con su compostura y reposado continente, del mismo modo que con su instintivo apartamiento de cuanto en el escenario ó en la sala ocurriera, que si aceptaba resignado aquella ocupación, se hallaba siempre con el espíritu fuera de aquel lugar, abstraído y apartado de la disipación y las pasiones.

Sólo así se explica que concurriera por las noches al teatro quien dedicaba largas vigiliás á escribir composiciones religiosas, con las que, desde su exhibición en 1842, es decir, cuando apenas tenía 23 años, se colocó á la altura en que hoy se halla, según demuestra su primera obra la Misa de Gloria en *si bemol*, ejecutada en las funciones del Refugio el día 7 de Febrero último, y que los profesores y personas profanas han calificado del modo más favorable, hasta el punto de asegurar el distinguido maestro D. Ildefonso Jimeno, encargado por la Hermandad de dirigirla, que sentía viva curiosidad por conocer y estudiar las demás obras de un maestro cuya primera composición podrían firmar Rossini ó Gounod.

Pero aun hay motivo para sorprenderse más al considerar que casi al mismo tiempo que se escribían aquellas suavísimas melodías para alabar y bendecir á Dios en el *Gloria*, y presentar al dogma en el *Credo*, revestido de imponente majestad, componía el joven maestro otro trabajo no menos importante, en el cual acumuló torrentes de armonía para expresar el acerbo sufrimiento del pecador contenido en el Salmo *Miserere* de David. Y así como el Profeta Rey, después de confesar su crimen, acudía á las misericordias infinitas, confiando quedar ampliamente lavado, del mismo modo el Sr. Olleta expresa en aquella obra, no la desesperación que desgarró el alma, sino el dolor con esperanza de consuelo, la pena que aun produce placer cuando se sufre.

No agitan á Olleta terribles borrascas como á Beethoven, ni envenena su existencia melancolía parecida á la de Bellini; este maestro, como Mozart, compositor con quien tiene muchos puntos de contacto en opinión del Sr. Puente, es, por el contrario, el artista que, impulsado por la llama del genio más impetuoso, la cual abrasa su organismo, eleva su alma en alas de la inspiración hasta los límites de lo finito, desde cuyas alturas quizá uno y otro maestro han escuchado los acordes arrobadores de orquestas celestiales. El caso es, que el compositor aragonés, no obstante su exuberancia, nunca cae en el polvo de lo mundano, ni en la pobreza de lo ridículo, pareciendo como que se desenvuelve con mayor holgura en las regiones de lo ideal ó en el esmaltado campo de lo sublime.

Da de ello amplísima prueba su obra, la Misa de *Requiem* y el Oficio de difuntos, en cuyas composiciones, si bien se revela la muerte con su lugubre

1 Deseando D. Victoriano Daroca que se oyera en las funciones religiosas que se celebran en Madrid alguna composición del Sr. Olleta, rogó á este maestro que le remitiera su Misa de Gloria en *si bemol*; y creyendo sin duda que el corte respetuoso de aquella obra no se acomodaría al gusto de los cofrades que le encomendaban la dirección de las orquestas, mutilóse despiadadamente, sin consentimiento del autor, aquella bellísima partitura, sustituyendo algunas de sus más deliciosas melodías por arias llenas de fantásticas fermatas y de adornos adecuados para el lucimiento de hábiles instrumentistas.



aparato, con las dudas que produce y problemas terribles que resuelve, se olvida la fetidez y soledad del sepulcro, vislumbrándose que es la puerta que abre consoladoras esperanzas, convertidas en feliz realidad desde la cruenta escena del Calvario. Se siente, en verdad, la frialdad de la muerte en las obras de D. Domingo Olleta que componen su gigantesco oficio, y se la ve llegar como león rugiente al lanzarse sobre la víctima que va á devorar; pero también se oyen entre armoniosos acentos las promesas hechas á Abraham y se ven marchar las almas conducidas por el Arcángel hasta llegar á la radiante claridad del cielo; pudiéndose asegurar que el maestro Olleta, con tan estupendo poema, es, no sólo artista inspirado, sino profundo filósofo, que comprende lo que escribe; más aún, fervoroso, creyente, que siente el tremendo y consolador misterio de nuestra sacrosanta religión.

No queremos pasar en silencio una joya del oficio de difuntos, con la cual resulta aumentado el mérito del grupo de obras que le componen.

Ignoramos cuál sería el pensamiento del maestro Olleta al conservar para el *Invitorio* el canto llano en toda su integridad; ya que lo mismo pudo impulsarle á este empeño el alarde de sus conocimientos en las reglas de composición, que demostrar su respeto á la salmodia del culto católico, manteniéndola intacta para esas adoraciones al Rey de vivos y muertos con que principia lleno de imponente majestad el oficio de difuntos; el hecho es, que al escuchar aquellas notas, revestidas con el riquísimo ropaje de su instrumentación, se adivina desde luego que se trata de un compositor para el cual no hay dificultad que no se venza, ni escollo que no se salve con valentía, poniendo patente que caben las orquestas dentro de la majestad del culto católico, cuando se sabe acomodarlas á su severidad, del mismo modo que las riquísimas telas de brocado de que se forma el manto de la dama cortesana sirven, convertidas en ornamento religioso, para vestidura del Sacerdote. Lo que será difícil siempre es que una medianía en el arte ó aquel que no sienta encendida la llama de la fe, pueda escribir obras religiosas dignas de la majestad del culto sin caer en ridículo amaneramiento ó en profanación; pero los genios propia y sinceramente cristianos, como el Sr. Olleta, vestirán sus obras con los atavíos de la instrumentación, sin que por eso se oculte la unción que les inspira. Tanto es así, que estamos seguros de que si llega el día de justicia para las obras de este maestro, y se dejan oír en los salones de concierto ó en los teatros, ha de notarse que hacen falta los Sacerdotes ó las bóvedas del templo, para el cual han sido escritas, de igual suerte que muchas de las composiciones que autores mediocres hacen oír en los coros de las iglesias, están reclamando las tablas de la escena.

D. Domingo Olleta, que de modo tan brillante se había elevado como compositor, desde que con verdadero asombro estrenó en 1848 su misa de *Requiem* en las exequias dedicadas en Zaragoza por los admiradores de Balmes á tan profundo filósofo, continuaba como primer violín del teatro y sin poder realizar sus deseos de ingresar en la milicia sacerdotal, que no pudo ver cumplidos, hasta que en 1851, previas brillantísimas oposiciones, consiguió el Beneficio de organista de la iglesia parroquial de San Felipe, de aquella ciudad, con cuyo título canónico recibió las sagradas Ordenes en 1853.

Siguiendo, pues, la vida artística de Olleta y dejando al virtuoso Sacerdote entregado á las tareas que su nuevo estado y acendrada piedad le imponían, debemos hacer constar que el puesto alcanzado en honrosa liza abrióle extenso campo, en el cual dió una prueba más de sus sobresalientes dotes; porque, si bien no era un pianista de pasmosa ejecución, circunstancia que por cierto no hace falta

para ser un buen organista, conocía perfectamente los registros del instrumento y las combinaciones que permite, hasta el punto de que concurrían muchas personas á escucharle en los días de grandes festividades, creciendo de tal manera su nombre que no había parroquia en la ciudad que al celebrar los maitines de sus santos titulares, que en Zaragoza se cantan con pausada solemnidad, no deseara que Olleta fuese el organista que los acompañase, lo cual atraía gran número de profesores y personas aficionadas, entre las cuales se hallaba el que escribe estas líneas, ávidas de recoger aquellos raudales de inspiración y de sentimiento.

No dejaremos de consignar un hecho que demuestra por sí sola la exactitud de nuestras afirmaciones. El Párroco de San Felipe sostenía íntima amistad con el organista de una iglesia catedral, que hallándose accidentalmente en Zaragoza la víspera del día del Santo Apóstol, había de tocar alguno de los salmos en los maitines que aquella noche se cantarían en la citada parroquia. Olleta ofreció el órgano al profesor invitado; pero, sea por cortesía ó porque también él deseaba oír al afamado maestro, dejó para éste el *Te Deum*, ofreciendo acompañar alguno de los salmos de *Laudes*. Desde los primeros acordes, llenos de entusiasta júbilo, con que quedaron embalsamadas las naves de la iglesia, se dibujó la sorpresa en el organista extraño, que no pudiendo salir de su asombro, preguntó quién era el autor de aquellas obras; pudiéndose comprender cuál sería el efecto que le produjo oír decir al Sr. Olleta que estaba improvisando, al verle desaparecer del órgano para confundirse entre los que escuchaban, pues según aseguró á los que esperábamos con impaciencia aquella honrosa lucha, no tenía fuerzas para poner sus manos en el teclado ante tan extraordinario maestro.

Olleta, á quien ya no distraían las abrumadoras ocupaciones del teatro, continuó su empresa de regenerar por medio de delicadísimas composiciones la música religiosa, á cuya constancia se debe, no sólo haber puesto fin con algunas obras al oficio de difuntos, sino haber dotado de ramillete de suavísimo aroma el culto de las flores de Mayo, de preciosos gozos gran número de novenas, y de graduales, motetes, nonas y otras muchas composiciones el archivo de la Iglesia Catedral.

Así continuó nuestro compositor, hasta que se anunció en 1858 la provisión de las dos plazas de Maestro de Capilla que en Zaragoza existen, en cuyos ejercicios de oposición tomó parte, resultando desde luego indiscutible el primer lugar que por unanimidad consiguió, y en cuyos ejercicios sorprendió á jueces y á contendientes, cuando vieron que los únicos elementos con que entraba en el encierro para escribir las obras señaladas, eran papel pautado, una regla, tintero y pluma, mientras que los demás opositores se hicieron conducir piano para auxiliarse en los trabajos de composición; lo cual demostraba que Olleta sin necesidad de probar ni mucho menos rectificar armonías, concebía de un solo golpe y completos en sus pormenores los óptimos frutos de su ingenio.

Colocado en aquel cargo y penetrado del servicio que podía prestar al arte, procuró atraer hacia sí á los más aventajados discípulos; con su concurso organizó reuniones semanales dedicadas á la ejecución y estudio de sonatas, tríos y cuartetos de Mendelssohn, Haydn, Beethoven, Mozart y otros autores: prácticas que al paso que iban formando la educación musical de sus discípulos, vaciándola en los autores clásicos de más nota, los iba convirtiendo en instrumentistas de mérito, algunos de los cuales ya han hecho públicos los resultados de aquella naciente escuela, tanto en Madrid como en Zaragoza y otras provincias.

El infatigable Maestro no abandonó por esto su

principal afición, la de componer; y dedicándose á ella con pertinaz constancia como si presintiera que le quedaba poco tiempo de poder explotar la vena de su inspiración, escribió en menos de tres años un fervoroso Rosario con orquesta; el Gradual para la festividad de San Valero, que consiste en un severo coro de bajos; el de Santo Dominguito de Val, que es un duo de tiples esmaltado de suavísimas melodías adecuadas á la virginal pureza del Santo niño; letrilla y letanía á cinco voces y órgano; brillantísimo *Te Deum* con orquesta; gran Misa en *do*, dedicada al Cabildo, también con orquesta y acompañamiento de órgano, y magnífico *Miserere*, última obra del compositor aragonés; con lo cual resulta la coincidencia de que una *Misa* y un *Miserere* fueron principio de su triunfante carrera, y que otra *Misa* y otro *Miserere* destrozaron aquella organización artística, cuyas fuerzas físicas no pudieron resistir el constante *sursus corda* del piadoso maestro.

Hacía ya tiempo que se anunciaba la desgracia, aunque sin preverse su magnitud; era, sin embargo, imposible remediarla. D. Domingo Olleta se hallaba en la plenitud de la edad (tenía 41 años); era de constitución enjuta y sana, frugal y de costumbres ejemplarísimas; expansivo en su trato, metódico y arreglado hasta la pulcritud, como lo demuestran sus partituras, de las cuales, no hacía borrador; y no obstante de que con tales condiciones fuese posible á persona vulgar prolongar sin accidentes su existencia durante larga fecha; el fuego oculto que encendía su rostro cuando componía, hablaba de música ó dirigía alguna orquesta, así como las irresistibles demostraciones de admiración al escuchar las bellezas que esmaltan las obras de grandes maestros, hacían patente el desequilibrio entre su vigoroso espíritu y la débil materia que lo encerraba; así es que cuando cansada ésta de tanto golpear soltó su presa, vino inopinadamente el mal con la magnitud con que hoy se ostenta, quedando casi paralizado todo el lado derecho del ilustre maestro, perdida el habla, olvidado el manejo de la pluma. ¡Cosa singular! sus sentidos ya no comunican al exterior ninguna idea musical, no sabe escribir ni una *corchea*; pero transmiten á su espíritu las impresiones que reciben; y Olleta, que no compone, ni escribe, comprende la música que mira, y enseña, ensaya y dirige las obras propias y ajenas, aunque no las haya conocido antes, con el mismo acierto y entusiasmo que cuando no había postrado su naturaleza el ataque de hemiplejía que en 1861 tronchó tan frondosa planta.

Sí: la desgracia era inevitable, según puede asegurarlo el que escribe estas líneas, con el carácter de testigo presencial. Cuando componía aquel maestro la Misa en *do*, conocida en Zaragoza con el nombre de *valeriana* por ejecutarse el día del Santo Patrón de aquel arzobispado, nos hallábamos accidentalmente en Zaragoza, y ni un solo día dejábamos de visitar al querido maestro, hasta para ir siguiendo los pasos de aquella obra que desde sus primeros acordes llevaba signos evidentes de ser un trabajo fundamental, tanto más interesante, cuanto que se escribía con el propósito de sortear las dificultades de no haber por entonces en Zaragoza cantor á quien encomendar la interpretación de algún sólo de compromiso. El Sr. Olleta, desde que salía del coro hasta la hora de la comida, se dedicaba generalmente á componer, y era tan grande su absorción en el trabajo, y tan fogosa la fuerza de su genio, que en muchas ocasiones viósele saltar repentinamente de la silla y dar maquinalmente algunos pasos como para librarse del armonioso estrépito de la orquesta, á la que oía ejecutar anticipadamente lo que él escribía. Tensión violenta que era natural produjera aquella terrible explosión.

La pérdida fué inmensa, incalculable para la música religiosa, sobre todo, si se considerase posible



que Olleta hubiera podido continuar su vida com-  
poniendo durante los 26 años que van transcurridos;  
pero hay motivo para bendecir á la Providencia,  
que al sujetar á tan dura prueba al privilegiado  
maestro le conserva, no sólo una ejemplar y edifi-  
cante resignación<sup>1</sup>, sino también su mirada de fue-  
go y el brazo izquierdo, con cuyos elementos su  
batuta adquiere la fuerza magnética con que elec-  
triza á cuantos se hallan bajo su imperio, lo cual no  
es de extrañar observando que, á pesar de su esta-  
do, enseña solfeo y piano á los niños de coro, que  
le entienden, ó más bien adivinan sus pensamientos,  
porque le aman y veneran.

Este es el maestro compositor D. Domingo Olle-  
ta que nosotros conocemos, lo cual decimos por  
ignorar otras muchas notas salientes de su vida que  
se nos dice constan en su correspondencia íntima  
con su amigo el Sr. D. José Puente, que no hemos  
visto, guardando ocultas otras en el corazón y en la  
memoria su cariñoso *cirineo* é inseparable acompa-  
ñante, su sobrino D. José Cerdá. Añadiremos tan  
sólo á lo ya dicho, en demostración del mérito per-  
sonal del compositor aragonés, que jamás ha visita-  
do centro alguno importante; que no ha oído más  
orquestas completas que las que le ha hecho escu-  
char la fuerza de su fantasía, pasando por la tortura  
de que sus obras se hayan ejecutado con los ele-  
mentos, casi siempre imperfectos, de que puede  
disponerse en una capital de provincia, siendo su  
obscuridad material en este punto tan absoluta, que  
al volver por Madrid de ver el órgano de la Cate-  
dral de Murcia, única excursión que con objeto ar-  
tístico le conocemos, decidió la lucha sentida á las  
puertas del teatro Real, no atravesándolas, no obs-  
tante su natural curiosidad y avidez de oír una ópe-  
ra bien interpretada y mejor acompañada todavía;  
privación que se impuso para mortificarse, y que  
ahora resulta como elocuente demostración de que  
nada hay en la inspiración del maestro, extraño al  
perfume que embalsama las bóvedas de la Catedral  
en que se formó para el arte.

Fué aclamado por unanimidad, en 1855, Aca-  
démico de número de la de Nobles Artes de San  
Luis, y premiado en 1866 con el título de Socio de  
mérito de la Económica de Amigos del País, de  
Zaragoza.

Terminados estos apuntes biográficos, añadire-  
mos un dato para que el sabio maestro pueda ser  
reconocido por cuantas personas vayan á Zaragoza,  
en cuya ciudad, como es sabido, reside.

Al caer la tarde, es casi seguro hallar diariamen-  
te en la capilla de Nuestra Señora del Pilar á dos  
Sacerdotes, con la vista fija en el angélico simula-  
cro; uno, el más joven, en tierra la rodilla, murmu-  
ra fervorosas preces, mientras el otro, inmóvil como  
una estatua, se halla entregado á los suavísimos de-  
liquios de la oración mental; éste es D. Domingo  
Olleta, aquél su sobrino Cerdá, su cariñoso intér-  
prete, brazo tierno y solícito que la providencia ha  
puesto al lado del gran maestro á fin de hacer más  
llevadera su desgracia.

VICENTE OLIVARES BIEC.

## LO QUE DICEN LAS FLORES



AS flores ríen, lloran, hablan, bendicen,  
cantan.

Son dones elegidos por la naturaleza  
para sentir, y expresan dolores, esperan-  
zas, glorias, venturas, recuerdos.

<sup>1</sup> Cuantas veces le hemos visitado después de 1861 se ha reproducido la misma tiernísima escena. Agolpados sin duda á su memoria los recuerdos, siente, al parecer, no disgusto, contrariedad al no poder expresarlos; lucha que siempre resuelve repentinamente pronunciando *ade, ade* (únicos sonidos articulados que salen de sus labios, de ignorada significación), bajando la cabeza y levantando su mano izquierda hacia el cielo, señal clarísima de resignación ante los designios de Dios.

Los niños las aman, el hombre las ostenta, la  
mujer las cultiva, las admira, se adorna con ellas. La  
vanidad las marchita.

Hay flores del mundo y flores del yermo. Unas,  
como la adulación, andan en todos los labios, como  
la codicia en todos los pechos. Otras crecen ocul-  
tas, su hálito las delata. Mano airada las troncha, y  
ellas se vengán, impregnando aquella mano de su  
perfume.

El nardo se yergue altivo en el salón: es flor que  
siempre está en pie, halagada, esbelta, parece una  
chimenea de humos aristocráticos.

La gardenia, fina y pálida, se recuesta en el pecho  
de gentil cortesano; va y viene con él, su nido es el  
ojal. Su aroma es pregón de lujo y elegancia. Todo  
lo que tiene de menuda tiene de cara. Fácilmente  
se vende.

El heliotropo reposa en el seno de la mujer; es  
gala escogida de su tocado, una de las fracciones  
de la belleza.

Estas tres flores no aman, sufren.

Hay una flor constante, que sabe esperar, la per-  
petua, que habla á la razón; lo menos que dice es:  
¡Siempre!

Hay otra sensible, fina, odorante, con que se adorna  
la desposada al ir al altar; la flor de azahar, sím-  
bolo de felicidad que suele equivocarse, presente  
envidiado, don profético que ha dado muchos chas-  
cos á las jóvenes casaderas. Esta flor, más que em-  
blemática, es problemática.

Flores más bellas, puras y ensalzadas; las flores  
blancas coronan la frente de la muerta. La flor  
amarilla nace al borde del sepulcro, y como el  
sauce, se inclina sobre la tumba y parece que la  
besa.

¡Cuánto hablan estas flores!

«Un niño espiró: cruzaron sus manecitas blancas y  
yo me posé sobre ellas; las uní y luego ungi sus  
sienes; besé su frente; sellé sus ojos; purifiqué sus  
labios... He muerto con él; ¡soy la flor ángel!

»La tierra que cubre á su padre está cerca del  
niño muerto. El alma de aquél ha resbalado, como  
si quisiera fundirse y elevarse con la de su hijo. Le  
pide ayuda para subir.

»Sobre la tumba del anciano he brotado yo. Soy  
la hija póstuma; la hermana que vela. ¡Soy la flor  
martir! La flor amarilla.»

«¡Más viviré yo!» dicen la hoja de laurel y de  
roble. Viven por sí largamente, y más que hojas y  
arbustos, parecen siemprevivas. A su existencia se  
asocia la vida de la inmortalidad. Son flores que  
reproduce el talco que deslumbra, el bronce y la  
piedra que las hace vivideras.

Distingamos: vivideras, eternas en lenguaje usual,  
pero no inmortales. Su gloria es terrena, lentamente  
fugaz; aquilatada, medida por el mundo; gloria que  
podiera convertirse en infierno.

Flores mimadas, cultivadas por la mano del hom-  
bre, enderezadas para conservar y alargar en lo po-  
sible su efímera existencia. Flores de estufa, bálsa-  
mo del aire en que se desarrollan mostrando hasta  
dónde llegan el esmero y la buena crianza. Flores  
educadas, regidas, que pueden mirar con envidia  
tantas hermosas criaturas que carecen de educación.  
Lo que merece una planta, las galas y frutos que da,  
los olvida el hombre inculto.

Rosa, reina de las flores, emblema de la hermo-  
sura, dechado de pureza. Numen del poeta; inspira-  
ción del arte, que nunca pudo sacar copia de su sin-  
gular belleza. Admirada, ensalzada, proclamada  
como arquetipo de perfección. Hija predilecta de la  
madre naturaleza. Flor universal, social, áurea, mís-  
tica, que brilla en el trono y surge y resurge en las  
costumbres de los pueblos. Flor primitiva que forma  
la guirnalda de Anacreonte y la diadema de César.  
Flor de Medardus, en la «Rosiere». Titular en la  
sociedad de Hamburgo; símbolo en todos tiempos

y en todas partes. Gala del mundo que te eleva á los  
altares. María, en el mes de Mayo, te acepta como  
el más preciado adorno de su altar, se regocija mi-  
rándote á sus pies. ¡Salve, rosa de Jericó!

En el altar están la azucena casta; el típico ama-  
ranto, la lila primaveral, el jacinto oloroso, fundien-  
do sus aromas; robando al incienso su litúrgica pre-  
ponderancia; exhalándose en efluvios de piedad y  
amor; solemnizando, reverenciando á la Virgen Ma-  
dre, que por humilde excepción tiene á las flores  
por hermanas.

Una niña desvalida, huérfana de padres, huérfana  
de los cuidados de la caridad, no llorosa, sino riente,  
feliz, penetra en el templo. Ni ella misma con-  
cibe su estado. Es avejilla que vuela, hoja que rueda  
en el goce de la libertad que tan cara le cuesta.  
Viene del campo, del mundo que resume su patria  
y hogar. Descalza, desnuda, enmarañado el cabello,  
curtida la piel, desconfiada la mirada... Llega cuan-  
do las hijas de María cantan, y canta con ellas sin  
saber ni siquiera orar. Pero la niña sabe sentir desde  
que vió espirar á su padre, á su madre; desde que  
experimentó en torno suyo el vacío. No sabe qué le  
dice algo rumoroso, plácido, suave, virginal que lleva  
dentro, muy dentro. Su corazón late, su alma rebo-  
sa. La pobre vagabunda es otra flor que atraviesa la  
tierra, como ella inculta, y aprisiona en sus manos  
un manojito de flores silvestres como ella. ¡Pobre-  
cita! ¡Cómo ha de saber rezar si apenas sabe hablar!

Cuando las voces celestes que bajan de lo alto  
cantan la despedida á la Virgen, la niña se alegra,  
quiere reír y no acierta... dos hilitos de lágrimas  
dulces surcan sus demacradas mejillas... Cuando la  
fiesta termina, el órgano calla, las luces se apagan y  
las sombras sólo dejan ver el rostro purísimo de la  
«Madre del amor hermoso» iluminado por la última  
viviente candelita, la mendiga, con ánimo decidido  
y aire triunfante, sube las gradas del altar y despa-  
rrama aquellas hierbas y hojas, trébol, margaritas,  
vivificados por el aliento de sus besos: ofrece el  
don de su inocencia en aquel ramo sobre el que  
descuella una amapola. Sin pensarlo, la pobre niña,  
aparece teñida su ofrenda con sangre de corazón  
desgarrado. Pero este corazón no es el suyo. La  
niña es dichosa así, tan desgraciada, y al dejar caer  
sus florecillas sobre el ara santa, mira á la Virgen y  
exclama con sonora voz:

—¡Esto, para mi Madre!

Y la Madre amantísima, apartando la mirada del  
Niño Jesús que lleva en sus brazos, para derramarla  
sobre el rostro de la niña silvestre, parecía decir:

«Corazones puros son los que yo quiero.»

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

## ASOCIACIONES BENÉFICAS

### ESCUELAS DOMINICALES

Esta Real Asociación, que comprende las escue-  
las dominicales de España y Ultramar, ha dado á luz  
un estado sobre la situación y desarrollo de la mis-  
ma, que ciertamente son satisfactorios. Resulta que  
en Madrid se cuentan trece escuelas con cien socias  
activas y cincuenta honorarias, y que en aquéllas  
reciben instrucción 1.862 alumnas. Las escuelas es-  
tablecidas en provincias son 153, á las que asisten  
14.467 jóvenes pobres ó sirvientes. En Ultramar son  
13 estos centros de instrucción y 1.092 los matricu-  
lados, sumando entre todos 17.421. Las escuelas  
establecidas en las Antillas comprenden las de la  
Habana, Marinao, Vedado, Regla, Jaruco, Puerto-  
Príncipe y Santiago de Cuba.

Fruto de tan cristiana obra son los exámenes y  
distribución de premios verificados el domingo úl-  
timo en la escuela dominical de San José, estableci-



da en el Palacio Episcopal, y que dirige el Doctor Casanueva, Rector del Seminario Conciliar. Los adelantamientos de las numerosas alumnas son visibles; varios premios fueron otorgados á las sobresalientes, entre otras á las de escritura Eugenia Alcañiz, que podría ser envidiada por cualquier hábil pendolista, y Francisca Puente, no menos acreedora á premio. Leyéronse composiciones y se cantaron letrillas compuestas para esta solemnidad, procediéndose al sorteo de dotes y dándose fin al acto con las sentidas frases del Presidente, recomendando la perseverancia en este laudabilísimo propósito, y á las alumnas la asistencia y aplicación.

La Junta de señoras de esta Asociación, tan fecunda en bienes para la sociedad, y los encargados de secundar sus fines, merecen elogios que sinceramente les tributamos.

## ASOCIACIÓN DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Hermoso espectáculo el de ver reunidos en la artística capilla de San Isidro, en la Iglesia parroquial de San Andrés, quinientos niños que espiritualmente preparados por el P. Genover asistían á la primera Comunión, entonando cánticos y renovando las promesas del bautismo. La sociedad catequística que los dirige y obsequió en ese día á los niños asistentes con un ejemplar del Catecismo, chocolate y ensaimadas, y á cuyo frente está el Sr. D. Juan Loredo, Beneficiado de la Catedral, merece plácemes por su constancia y celo en esta santa obra.

## CRÓNICA

Aparte la deferencia con que acogen y anuncian nuestros trabajos los principales periódicos católicos de Madrid, tenemos que agradecer las manifestaciones que en este sentido recibimos del popular periódico, decano de la prensa española, *El Diario de Barcelona*; de *El Noticiero universal*, que recientemente ha inaugurado el Sr. Peris Mancheta en aquella ciudad; de *El Hossana* de la misma; de *El vigía católico*, de Ciudadela, Palma, y otras publicaciones, á quienes devolvemos su cortés saludo.

— Las últimas pruebas del sondeo hechas en ciertos puntos por los marinos ingleses, según refiere el erudito «compilador de la literatura bíblica y oriental» demuestran que la profundidad del mar pasa de 8.000 metros, á la cual no llega el pico más alto del Himalaya, que tiene 7.800 metros de altura. Sábese también que la superficie del mar forma las tres quintas partes del globo, de donde resulta que sólo una cuarta parte del volumen del agua del mar pudo ser suficiente para cubrir la otra quinta parte, esto es, los continentes, sobrando mucho de la profundidad del agua para cubrir toda la tierra.

Esta reflexión invalida las quiméricas hipótesis, más ó menos científicas, ideadas para negar la posibilidad del diluvio universal.

— El Sr. Marqués de Montoliu tuvo el honor de ser recibido por Su Santidad en audiencia particular el 24 de Abril, presentando al Sumo Pontífice el magnífico álbum que contiene las firmas de los escritores españoles, y la lista de las obras que ofrecen al Papa. Su Santidad se mostró sumamente complacido por tan delicada muestra de veneración y expresó al Sr. Marqués el contento que le producía. El Padre Santo tuvo especial gusto en hojear y examinar el álbum, del cual hizo muchos elogios, añadiendo que con el alma daba su bendición á los escritores que figuran en él. Las firmas que contiene son 540, de las más ilustres de España, acompañando hojas bibliográficas de las obras y un donativo de 1.490 volúmenes publicados por los firmantes.

— En el Ateneo y el Círculo Mercantil ha dado últimamente á conocer varias de sus composiciones inéditas el celebradísimo poeta D. José Velarde. La lectura de sus poemas *Alegria* y *El Holgado* causó muy grata impresión en los oyentes del Círculo, y la composición titulada *Imprecación del siglo XIX á la Edad media* confirmó el alto juicio ya formado del Sr. Velarde, uno de los más conspicuos cultivadores de la literatura patria, y que á su inspiración y arte une un infatigable amor al estudio y al trabajo. Ahora importa que sus poemas salgan pronto á luz, para que vea recompensados afanes que se hacen cada día más estériles, donde al paso que crece la afición á los toros y á las carreras de caballos, disminuye la afición á leer buenos libros.

— Solemnísimas y propias de la magnificencia con que en la Santa Catedral se celebran todos los Oficios, fueron las cuatro funciones celebradas en honor de los gloriosos hijos de la Compañía de Jesús elevados recientemente á los altares, que son:

San Pedro Claver.  
San Juan Berchmans.  
San Alonso Rodríguez.  
Y los Beatos Mártires:  
Edmundo Campión.  
Tomás Cottam.  
Alejandro Briant.  
Tomás Woodhouse, y  
Juan Nelson.

Del panegírico de los Santos, siguiendo su orden, fueron encargados: D. Enrique Almaraz, Arcipreste de la Catedral; D. Bernardo Sánchez Casanueva, Canónigo Rector del Seminario; D. Manuel Menéndez de Nava, Teniente Vicario de este Obispado, y D. Mariano Puyol y Anglada. Por la tarde ocuparon la sagrada tribuna los RR. PP. Francisco de P. Garzón, José María Vélez, Fidel Fita y José María Menéndez, de la Compañía de Jesús; es decir, ocho oradores lumbreras de la Iglesia en fervor, sapiencia y erudición, que en períodos elocuentes y rasgos felicitísimos pintaron la grandeza y virtud del apóstol evangelizador de millares de negros; del joven dechado de pureza, amor y devoción; del humilde portero de Montesión en Palma, y de los Beatos ingleses, mártires que pagaron con su vida la defensa y propagación de la fe de Cristo.

Nuestro Venerable Prelado y el Cabildo Catedral tomaron parte directa en estas solemnidades, que han atraído un selecto concurso de fieles, colocando á los tres Santos en el altar perteneciente desde la fundación del Colegio Imperial de la Compañía á los Hijos de San Ignacio, á los que fué dedicado este templo.

El cuadro que representa la gloriosa trinidad de Claver, Berchmans y Rodríguez, débese al famoso artista D. Salvador Martínez Cubells y es una verdadera obra de arte.

— Nuestro Prelado observa á los Sres. Curas párrocos y Rectores de Iglesias de la jurisdicción ordinaria, tengan presente la circular que publicó el año pasado, y cuyas disposiciones renueva, á fin de que se practique el devoto ejercicio del *Mes de María*.

— El día de San Isidro, Patrono de Madrid, se celebrará con gran solemnidad, Misa de Pontifical al aire libre, en el campo que lleva el nombre del Santo.

— A nuestros lectores pedimos rueguen á Dios por que no se interrumpa la mejoría, iniciada en la grave enfermedad, que hace cinco meses sufre, el bienhechor universal é ilustre católico, Sr. Marqués de Urquijo.

— Las dimensiones de los principales templos católicos y las personas que cada uno puede contener, en el supuesto de 4 personas por 9 pies cuadrados,

son las siguientes, según publica un periódico de Nueva York:

	Varas inglesas.	Personas.
Basilica de San Pedro en Roma.....	13.500	54.000
Catedral de Milán.....	9.025	37.000
Basilica de San Pablo en Roma.....	8.000	32.000
Iglesia de San Pablo en Londres....	6.400	25.000
Iglesia de San Petronio en Bolonia...	6.100	24.300
Catedral de Florencia.....	6.000	24.000
Idem de Amberes.....	6.000	24.000
Iglesia de Santa Sofia en Constantino- pla.....	5.750	23.000
Basilica de San Juan de Letrán.....	5.725	22.900
Catedral de Nuestra Señora de París..	5.205	21.000
Catedral de San Patricio en Nueva York.....	4.375	17.500

Estas son las iglesias de mayor capacidad que publica el periódico neoyorquino, algunas catedrales de España pueden figurar dignamente en esta lista, tanto por su capacidad, como por su mérito y riqueza artística.

La catedral de Córdoba, construída por Abderramán, forma un cuadrilongo de 189 varas inglesas de largo por 144 de ancho, tiene 19 naves de nueve varas inglesas de elevación, sostenidas por 850 columnas. La superficie total cuadrada es de 25.320 varas inglesas, exceptuando el atrio, y quedando para el templo 16.750 varas cuadradas, espacio mayor que el Vaticano, puesto que éste sólo tiene 13.500.

Catedral de Sevilla..	9.350 varas.
" de Toledo..	7.650 "
" de Burgos..	5.709 "
" de León...	5.225 "

Véase que la catedral de Sevilla es de mayor capacidad que la de Milán; la de Toledo mayor que la de San Pablo de Londres; la de Burgos mayor que la de Santa Sofia de Constantinopla, y la de León mayor que la de Nuestra Señora de París.

— En la casa de Religiosas Adoratrices del Santísimo Sacramento se ha verificado la elección de Superiora general de la Congregación, resultando elegida por unanimidad de votos, la Rda. Madre Consolación, que ejercía hace años el cargo de Visitadora.

— Ha sido nombrado Abad de la Santa Iglesia Magistral de Alcalá de Henares el Dr. D. Leonardo Córcoles, Presidente del Cabildo de aquella Santa Iglesia.

— El satélite terrestre, la Luna, está habitado, según resulta de los experimentos del Dr. Bledman, á que hay que añadir los del sabio Berahard Puegel. Este, perfeccionando los procedimientos de aquél, ha construído un microscopio solar de cuádruple potencia sobre los conocidos hasta la fecha.

Sometida á este microscopio monstruo, la fotografía detallada del disco lunar, obtenida por medio de la escandilación del objetivo del gran refractor de un poderoso telescopio, el círculo del disco ha alcanzado un diámetro de siete metros.

A juzgar por el resultado de esta experiencia, la existencia de seres vivientes en la Luna está comprobada. Los habitantes de nuestro satélite, al parecer son de estructura muy diferente á los de la tierra.

Según cálculos, las dimensiones de aquéllos son mucho mayores que las nuestras.

No pueden precisarse otros detalles, pues todo ha de ser objeto de posteriores descubrimientos, que se obtendrán á medida que se vayan perfeccionando los aparatos, hasta cierto punto deficientes, de que hoy disponemos.

— El príncipe real de Italia y la Reina Margarita visitarán, según parece, la Exposición de Barcelona, pasando despues á Lisboa.

Rusia expondrá una curiosísima colección de objetos de uso doméstico y magníficas flores artísticas.

— El célebre religioso P. Mortara, canónigo re-



gular de San Agustín, en correcto castellano, dió una conferencia en la «Juventud católica de Madrid», disertando sobre la patria potestad, tratando de probar que el derecho natural no contradice el derecho divino: que la patria potestad, como ejercida por una naturaleza degenerada en el sentido teológico, se complementa por la paternidad divina; y que la misma ley, así en lo civil como en lo penal, rompe los lazos de la paternidad y de la filiación en el momento en que median abusos de la primera.

Con tal motivo, puso el ejemplo suyo, que fué arrancado á las tinieblas del error, regenerado por las aguas del bautismo y transportado á la esfera de la luz y de las verdaderas creencias en el seno de la religión católica, donde fué amparado por el gran Pío IX.

Hizo un entusiasta apólogo de este Pontífice; ensalzó la perseverancia de España combatiendo y libertándose de la plaga del protestantismo; y terminó alabando los propósitos de la Juventud católica.

— El jurado calificador de las oposiciones á la plaza de profesor de harmonium en el Conservatorio de Música, ha obrado en justicia, proponiendo para dicha plaza al maestro compositor D. Antonio López Almagro, que venía desempeñándola interinamente, y que es una autoridad en la esfera de su arte, digna del nombramiento que ha obtenido.

— Para el Arzobispado de Santiago, Sede vacante, ha sido nombrado el reverendísimo Arzobispo de Santiago de Cuba Sr. Martín de Herrera.

— En la iglesia de nuestro *Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús* se celebrará mañana una función religiosa y de caridad, predicando el Rvdo. P. Vélez, de la Compañía de Jesús, y dando la bendición con el Santísimo el Sr. Obispo de Oviedo.

Probablemente asistirán á este piadoso acto S. M. y AA. RR.

— El domingo último, y en obsequio á los innumerables peregrinos que siguen llegando á Roma así de Europa como de América, pues los de Méjico desembarcarán en Nápoles el 6 de Mayo, celebró Su Santidad Misa pontifical en el aula-templo de la canonización, sobre el pórtico de San Pedro, ofreciendo la Comunión á los jefes de las peregrinaciones de Bélgica, Cremona, Polonia, Bosnia y Herzegovina. Los romeros belgas entonaron un canto religioso de grandísimo efecto durante el ofertorio.

## NOTAS SUELTAS

Entre un comerciante y un pintor:

— ¿Qué te ha parecido mi suegra?

— ¡Magnífica de color! Un busto de Andrea del Sarto.

— Justamente; Andrea, su doncella, es quien la pinta.

— Pues chico, merece primera medalla.

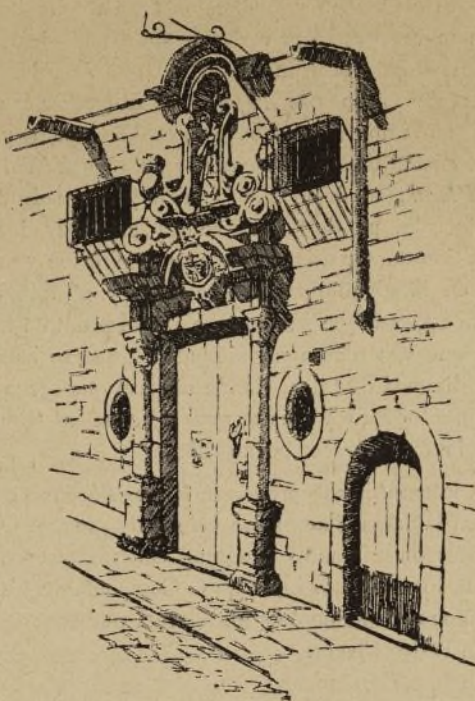
\*\*\*

Entre muchos, siempre hablar poco. — (*Santa Teresa.*)

\*\*\*

Estudia, no para saber más, sino para saber mejor. — (*Séneca.*)

\*\*\*



PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN JUAN  
(BARCELONA).



IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LA BAÑEZA.

## IMAGENES PARA EL CULTO CATOLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de **D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA**, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA

Caballero de Gracia, 46.

¿Has visto á una mujer feliz? Estaría allí su hijo.  
— (*Griego.*)

\*\*\*

Las lágrimas son la sangre del alma. — (*San Agustín.*)

\*\*\*

Haz lo que dices. Dí lo que haces. — (*Eugenio Ochoa.*)

\*\*\*

Sé justo antes de ser generoso; sé humano antes de ser justo. — (*Fernán Caballero.*)

\*\*\*

No satisfagas mucho tus deseos si quieres encontrar nuevos placeres.

\*\*\*

Cuanto más altos están los hombres, más pequeños se les ve.

\*\*\*

En Villahambrienta:

— ¿No hay más que lechuga para cenar? Bueno. Lee, hija, lee ese periódico, donde viene la comida que nos han dado en Madrid á los maestros.

— «Entremeses...»

— Dirá entreaños.

— No, señor; entremeses. «Paella.»

— Pa... ella; sigue.

— «Pescado, vaca, fiambres, tarta, postres, café...»

— Basta, basta. (*Pausa. El maestro masca.*)

— ¿Saco la cena, padre?

— Gracias. No cómo más. Estoy empachado. Vámonos á la cama y guarda eso para que mañana se desayune el alcalde.

\*\*\*

A la puerta de la Iglesia:

— ¡Hermanos, este pobrecito ciego...!

— ¡Infeliz! ¡Tan joven! ¿Y de qué se quedó así?

— ¡De tanto leer *La Correspondencia*.

\*\*\*

Definiciones:

— ¿Qué es un diputado?

— El producto frecuentemente mudo de los miles de voces de sus electores.

—

— ¿Qué es un librepensador?

— Hombre que al pensar se encuentra atado.

—

— ¿Qué es un hombre á la moda?

— Una mujer que fuma.

—

— ¿Qué puede ser un virtuoso, dicho sea en francés?

— Un bribón.

—

— ¿Cuál es el hombre más fino?

— El adulator.

— ¿Y el más basto?

— El más ingenuo.

## DEPILATOIRES DUSSEY

Estas preparaciones (*Edte Epsilatores*) para la cara, *Pilatores* para los brazos, cuya eficacia la garantizan sus cincuenta años de éxito, hacen desaparecer en pocos instantes toda traza de vellos que afean el rostro y los brazos. Las recomendamos á nuestras lectoras. — **DUSSEY, inventor**, 1, rue Jean-Jacques-Rousseau, París.

JABON REAL

VIOLET

JABON

DE THRIDACE

unico inventor

VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huertanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.